



Miguel de Cervantes

Lato callejon de S. Clara N.º 8.

Heredia y Blanco, dib.

## NOTICIA

SOBRE

### LA VIDA Y ESCRITOS DE CERVANTES.

**O**BSÉRVASE que la historia de los ingenios suele ceñirse á sus obras duraderas, pues en ellas se cifran sus hechos, y el hombre se apersona en el autor. No sucede así con Cervantes. Hombre esclarecido antes de ser escritor eminente, sobresalió con sus acciones antes de escribir una obra inmortal. Interesaria su historia, aun cuando careciera del embeleso de su nombradía, pues su vida rebosa, al par de sus escritos, de halago y de moralidad.

Desconocido antes y aun mucho después de su muerte, no tuvo biógrafos Cervantes en la temporada contemporánea, cuando embargando la atención un sujeto esclarecido, va recogiendo con ahinco los rasgos de una existencia afamada. Se han requerido después los conatos de una admiración póstuma y tardía para construir, al arrimo de la tradición, de documentos auténticos y aun de congeturas no menos que de certidumbre, el edificio incompleto de una vida dilatada y eficazísima. Quedan largos vacíos por llenar y dudas que despejar, mas lo ya comprobado, junto con lo probable, basta en el día para retratar al vivo la suerte de un hombre esclarecido que está condecorando á la humanidad entera.

No se ha logrado aún descubrir el sepulcro de Cervantes, como se ocultó larguísimo tiempo su cuna. Hasta ocho pueblos se disputaron aquel timbre: Madrid, Sevilla, Toledo, Lucena, Esquivias, Alcazar de San Juan, Consuegra y Alcalá de Henares. Nació en esta ciudad, y se bautizó el 9 de Octubre de 1547 en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor. Su familia, oriunda de Galicia, y luego avecindada en Castilla, sin ser de la primera nobleza, correspondía á la cla-

se de los hidalgos. Suena honoríficamente en los anales de España el apellido de Cervantes desde el siglo trece, pues asistieron allá guerreros que lo llevaban en las conquistas grandiosas de San Fernando, en las tomas de Baeza y de Sevilla. Les cupieron repartos de territorio, al repoblar los baldíos que iban dejando los moros, y asoman otros Cervantes por la conquista del Nuevo Mundo, trasladando allí varias ramas del tronco principal. A principios del siglo diez y seis, se hallaba Juan de Cervantes de corregidor en Osuna, y su hijo Rodrigo se desposó, por los años de 1540, con Doña Leonor de Cortinas, señora noble del lugar de Barajas. Nacieron de este enlace, primero dos niñas, Doña Andrea y Doña Luisa, y luego dos hijos, Rodrigo y Miguel, siendo éste el menor de toda aquella familia, tan menesterosa como honrada.

Poco consta de la mocedad de Cervantes. Se deja discurrir que nacido en pueblo de universidad, á donde acudían los jóvenes de Madrid, que solo dista cuatro leguas, cursaria allí sus primeros estudios. Lo que sabemos por su propio testimonio es que, desde su niñez, era aficionadísimo á las letras, cebado en la lectura hasta el extremo de *ir recogiendo por las calles los girones de papelillos desperdiciados*. Sobresalió su propension á la poesía y al teatro con los tabladillos del famoso Lope de Rueda, comediante de la legua, y fundador del teatro español, á quien, desde antes de la edad de once años, estuvo viendo representar en Segovia y Madrid.

Miguel, ya mozo, pasó á Salamanca, donde estuvo dos años matriculado como estudiante en aquella universidad afamada. Consta que vivió en la calle de

TOMO I.

A

los Moros, y allí fué donde se impuso en las costumbres de los estudiantes que trató tan al vivo en varios pasos de sus obras, y con especialidad en la segunda parte del *Quijote* y en dos de sus mejores novelas, el *Licenciado Vidriera* y la *Tía Fingida*. Aparece luego despues en la escuela de un humanista harto conocido y llamado Juan Lopez de Hoyos. Encargó el ayuntamiento de Madrid á este catedrático, que compusiera las alegorías y rótulos que debían realzar, en la iglesia de las Descalzas Reales, el mausoleo de la reina Isabel de Valois, cuando se le tributaron essequias magnificas en el año 1568. Ausiliaron á Hoyos algunos de sus alumnos aventajados, y entre estos aparece el primero, Cervantes. En la *Relacion* publicada por aquel profesor, quien refiere la enfermedad, la muerte y los funerales de la reina, menciona como obra de Cervantes, á quien repetidamente llama su *querido y amado discípulo*, el primer epitafio en forma de soneto, cuatro *redondillas*, una *copla castellana*, y en fin, un *elegia en tercetos*, compuesta en nombre de toda la escuela, dedicada al cardenal Don Diego de Espinosa, presidente del consejo de Castilla é inquisidor general.

Merecieron aceptación estos ensayos; y con sus infulas escolares, compuso el poema de Filena, varios sonetos, algunos romances, y en fin, *rimas* ó poesías varias, partos de que hace mención al fin de su vida, en el viage al Parnaso; pero de los cuales solo queda esta memoria.

Sobrevino por entonces en el palacio de Felipe II aquella tragedia misteriosa, cuyo desenlace doble fué la muerte del príncipe Don Carlos y de la reina Isabel, que le sobrevivió tan solo dos meses. Envió luego el papa Pio V un nuncio á Madrid, para dar el pésame al rey de España, é instar á vueltas de esta embajada de ceremonia, por ciertos derechos de la iglesia denegados por Felipe en sus dominios de Italia. Era el nuncio un prelado romano llamado Julio Aquaviva, hijo del duque de Atri, quien obtuvo el capelo á su regreso de España. No cabía que su venida fuese del agrado de Felipe, quien tenia mandado terminantemente que nadie, príncipe ó súbdito, le hablase de la muerte de su hijo, y embargado como estaba en sus devociones, nunca cejó sobre punto alguno ante la corte de Roma; y por tanto fué muy breve la mansión del legado en Madrid, dándole á los dos meses, el 2 de Diciembre de 1568, su pasaporte, ceñido á su regreso inmediato é imprescindible por Valencia y Barcelona. El mismo Cervantes afirma que sirvió en Roma al cardenal Aquaviva en clase de *camarero*, y así es de suponer que el nuncio, á quien pudieron pre-

sentar á Cervantes como uno de los poetas del catafalco de la reina, se prendió de sus circunstancias, y condolido de su desamparo, no menos que de su talento, tuvo á bien admitirle en lo que llamaban á la sazón la *familia* de un grande, por no apellidarle criado. Era por lo demas estilo corriente, pues muchos hidalgos españoles, sin aprension alguna de menzura, se solian avenir al servicio de la púrpura romana, ya para viajar de balde por Italia, ya para lograr algunas ventajas con la privanza de sus amos.

Entonces fué cuando Cervantes atravesó por Valencia y Barcelona, que suele encajarse en sus escritos, como tambien las provincias meridionales de Francia, descritas en su *Galatea*; pues aquella fué la única temporada en que pudo ver aquel país.

En medio del ocio y descanso que le proporcionaria la antesala del prelado romano, y la coyuntura todavía mas preciosa para engolfarse en su afición de poeta, paró poco Cervantes en aquella colocacion, pues se alistó desde el año siguiente, 1569, en las tropas españolas que estaban acuarteladas por Italia. No habia para los hidalgos menesterosos mas carrera que la de la iglesia ó la de las armas: esta fué la que antepuso Cervantes, y sentó plaza de *soldado*. No tenia esta voz idénticamente el mismo sentido que ahora, pues venia á ser un infimo grado militar, del cual se ascendia al de alférez, y tal vez á la clase de capitán; y así no se admitia á todo viniente, y era lo que se entendia entonces por *sentar plaza*.

El momento era adecuado para los alientos de Cervantes, pues en la contienda que se acababa de entablar iban á estrellarse la cristiandad y el islamismo. Selim II, atropellando tratados, invadió en medio de la paz la isla de Chipre, posesion de los venecianos. Imploraron estos el auxilio del papa Pio V, quien incorporó luego sus galeras y las de España, á las órdenes de Marco Antonio Colona, con las de Venecia. La armada entera dió la vela, á principios del verano de 1570, para los mares de Levante, con el intento de atajar la carrera al enemigo comun; mas se malogró la campaña por desavenencias é irresoluciones de los caudillos confederados. Tomaron los turcos á Nicosia por asalto, fueron estendiendo sus conquistas por toda la isla, y las escuadras cristianas, averiadas con las tormentas, tuvieron que aportar en los parages de donde habian salido. Hallábanse, entre las cuarenta y nueve galeras españolas incorporadas con las del papa al mando superior de Juan Andres Doria, las veinte galeras de Nápoles mandadas por el marques de Santa Cruz. Se habian reforzado sus tripulaciones con cinco mil

soldados españoles, entre los cuales se comprendia tambien la compañía del valeroso capitán Diego de Urbina, destacada del tercio de Miguel de Moncada. En ella se habia alistado Cervantes por estremo de su nueva profesion.

Durante el invernadero de Nápoles, se preparaban mas y mas las disposiciones en las tres potencias maritimas del mediodía de Europa, y los diplomáticos de aquel tiempo echaban los cimientos de la alianza que debia hermanarlas pasageramente. Por fin, el 20 de Mayo de 1571, se firmó el famoso tratado de *la Liga* entre el papa, el rey de España y la república de Venecia. Las tres potencias contratantes nombraron generalísimo de las fuerzas combinadas al hijo natural de Carlos V, Don Juan de Austria, que acababa de esclarecerse por su estremo en la carrera militar, aniquilando la rebeldia dilatada de los Moriscos granadinos.

Junto Don Juan ejecutivamente en Barcelona sus veteranos de las Alpujarras, y entre ellos los *tercios* esclarecidos de Don Miguel de Moncada y de Don Lopez de Figueroa, dando sin demora la vela para la Italia, entró el 26 de Junio, en la bahía de Génova, con cuarenta y siete galeras. Repartidas la tropa y la tripulacion por todos los bageles de la armada, aportó en Mesina de Sicilia á donde iban acudiendo las fuerzas combinadas. En aquella distribucion habian cabido á las galeras de Juan Andres Doria, que estaba en el servicio de España, dos compañías nuevas de veteranos tomadas del tercio de Moncada, las de Urbina y de Rodrigo de Mora; y Cervantes signió á su capitán en la galera *Marquesa*, mandada por Francisco Santo Pietro.

La escuadra de los confederados, despues de abastecer á Corfú, persiguiendo á la enemiga, la avistó el 7 de Octubre en la madrugada, á la embocadura del golfo de Lepanto. Se entabló la refriega poco despues del medio día, por el ala de Barbarigo; se fué estendiendo por toda la linea, y vino aterminarse al anochechar con una de las victorias mas esclarecidas y sangrientas, y de las mas infructuosas que suenan en los anales modernos.

Hallábase á la sazón Cervantes calenturiento, y á los asomos del combate, el capitán y los compañeros le instaron para que se retirase al entrepuentes; mas el gallardo descendiente de los vencedores de Sevilla, aunque debilitado con la enfermedad, lejos de avenirse á consejo tan apocado, rogó que se le destinase al punto mas espuesto, y lo colocaron con doce soldados selectos junto al esquife. Descolló su galera *Marquesa* en el trance; aborizó á la capitana de Alejandria, le mató cerca de quinientos turcos, incluso

el comandante, y tomó el estandarte real de Egipto. En el ardor de la refriega sangrienta, Cervantes recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se la desbarató y le quedó estropeada para siempre. Ufano con razon de haber tenido parte tan gloriosa en aquella ocasion memorable, Cervantes nunca se apesadumbró del malogro de su mano, y anduvo repitiendo que se complacia de haber costado á tan alto precio el blason de contarse entre los soldados de Lepanto, y en testimonio de su valentia, que estimaba mucho mas que su ingenio, se preciaba de enseñar sus heridas, recibidas, solia decir, en el trance mas esclarecido que vieron los siglos pasados y presentes, y que han de ver los venideros... y como luceros que deben guiar á los demas al cielo del pundonor.

Ansiaba Don Juan utilizar la victoria allanando los castillos de Lepanto y de San Mauro, y bloquear á los turcos en los Dardanelos; pero la otoñada fiera, la escasez de abastos, el crecido número de heridos y enfermos, en fin, la orden espresa de su hermano Felipe, le precisaron á regresar á Mesina, donde entró el 31 de Octubre. Las tropas se fueron acuartelando de invernada, y cupo al tercio de Moncada el mediodía de Sicilia; mas Cervantes, herido y enfermo, tuvo que permanecer en Mesina y sus hospitales por espacio de seis meses. Don Juan de Austria, finísimo con él ya desde el día posterior al combate, al ir visitando los diferentes cuerpos de la armada, no lo olvidó tampoco en aquel desamparo. Constan los socorros que le hizo entregar por la pagaduría de la escuadra, con fecha del 15 y 23 de Enero, y 9 y 17 de Marzo de 1572. Restablecido por fin Cervantes, una orden del generalísimo á los oficiales de cuenta y razon señaló una paga alzada de tres escudos mensuales al soldado Cervantes, que pasó á una compañía del tercio de Figueroa.

Desdijo mucho la campaña siguiente de los resultados grandiosos que se estuvieron esperando. Acababa de morir Pio V, el alma de la *liga*; los venecianos, lastimados en sus intereses del comercio de Levante, se habian entibiado; vino á quedar la España sola en la demanda con los turcos, quienes, sostenidos con la llamada que estaba haciendo la Francia á su favor contra el rey católico, el año mismo de San Bartolomé, amenazando á la Flandes española, se habian preparado en gran manera y amagaban ahora un desembarco por las costas de Sicilia. Sin embargo, el 6 de Junio dió la vela Marco Antonio Colona, para el Archipiélago, con parte de la escuadra confederada, entre otras, las treinta y seis galeras del marques de Santa Cruz, donde se halla-

ba la compañía del tercio de Figueroa, en la que había entrado Cervantes. Salió Don Juan de Austria con el resto de la armada el 9 de Agosto; mas ambas escuadras desperdiciaron la estacion en pos una de otra, y reunidas por fin en Septiembre, malograron por la torpeza de los pilotos la coyuntura de embestir aventajadamente á la escuadra turca, dividida ciegamente entre los puertos de Navarino y de Modon. Tras una tentativa infructuosa de asalto contra el castillo de Navarino, tuvo Don Juan que reembarear su tropa, y retirarse á principios de Noviembre al puerto de Mesina. Cervantes refiere por estenso, en la historia del *Capitán Cautivo*, el pormenor de aquella campaña inservible, de 1572, en que tuvo parte.

No trataba sin embargo Felipe II de abandonar sus intentos, pues era su ánimo agolpar, al principiar la primavera inmediata, hasta trescientas galeras en Corfú, y dar al traves para siempre con la marina otomana; pero los venecianos, que estaban reservadamente negociando con Selim con la mediacion de la Francia, firmaron un tratado de paz en Marzo de 1573. Tan inesperada desercion quebrantó la *liga* y retrajo de todo intento contra la Turquía. Para emplear aquel aparato de fuerzas agolpadas por la España, se acordó hacer un desembarco en Argel ó en Túnez. A este último intento se atuvieron igualmente Felipe y Don Juan, mas el rey queria únicamente destronar al turco Aluch-Alí, para restablecer al moro Muley Mohamed, y desmantelar unas fortalezas costosísimas de mantener, al paso que el príncipe hermano, á quien negaba el dictado de infante de España, trataba de coronarse en aquel país, donde los españoles desde Carlos V estaban poseyendo el fuerte de la Goleta.

Logróse por el pronto la expedicion. Desembarca Don Juan sus tripulaciones en la Goleta, envia al marqués de Santa Cruz con las compañías de preferencia á posesionarse de Túnez, desamparado por la guarnicion turca y por casi todo el vecindario; pero Felipe, no menos receloso de los intentos del príncipe aventurero que airado con su desobediencia, le manda volver inmediatamente á Lombardia; marcha Don Juan, deja escasas guarniciones en la Goleta y en el fuerte, y los turcos asaltan y toman uno y otro en aquel mismo año.

Cervantes, despues de entrar en Túnez con el marqués de Santa Cruz en las filas del afamado tercio de Figueroa, que, segun el historiador Vander-Hamen, *estremecia la tierra con su mosquetería*, volvió á Palermo en la escuadra. Embarcáronle luego á las órdenes del duque de Sesa, que trató en vano de socorrer la Goleta; pasó despues á invernar en Cerdeña; vol-

vió á Italia en las galeras de Marcelo Doria; y entonces logró de Don Juan de Austria, vuelto á Nápoles en Junio de 1575, su licencia para regresar á España, de donde faltaba hacia siete años.

Con motivo de tanta expedicion militar, anduvo Cervantes toda la Italia, pues visitó á Florencia, Venecia, Roma, Nápoles, Palermo y el colegio de Boloña, fundado para los españoles por el cardenal Albornoz; se impuso en la lengua y literatura italiana, en la que se habian ya ido labrando los ingenios de Boscan, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, y se estaban en su tiempo ejercitando Mesa, Virués, Mira de Amescua y los hermanos Argensolas. Influyó aquel estudio para sus tareas posteriores y en general para su estilo, en que algunos contemporáneos tacharon, siguiendo á los *anti-pebrarquistas*, hartos italianismos mal encubiertos.

Cervantes, de edad de veinte y ocho años, lisiado, desfallecido con los quebrantos de tres campañas, y siempre soldado raso, trató de restituirse á su patria y familia, y acudir á la corte donde esperaba lograr algun galardón competente á sus brillantes servicios. Mereció á su general mucho mas que su mera licencia, pues Don Juan de Austria le favoreció con cartas para el rey su hermano, elogiando al herido de Lepanto, é instándole para que le encargase el mando de una de las compañías que se estaban alistando en España para Italia ó Flandes. El virey de Sicilia, Don Carlos de Aragon, duque de Sesa, recomendaba igualmente á las finezas del rey y de los ministros, un soldado hasta entonces desatendido, que con su denuedo, despejo y conducta ejemplar, se habia grangeado el aprecio de sus gefes y de sus compañeros.

Embarcóse Cervantes, pertrechado con recomendaciones tan relevantes y lisonjeras, desde Nápoles en la galera española *el Sol*, con su hermano mayor Rodrigo, soldado como él, el general de artillería Pedro Diez Carrillo de Quesada, ex-gobernador de la Goleta, y otros varios esclarecidos militares que regresaban igualmente á su patria. Mas otros quebrantos le estaban esperando, y no asomaba para él todavía la temporada del sosiego. Acorraló el 26 de Septiembre de 1575 á la galera del *Sol* una escuadra argelina, mandada por el Armaute ó Albanés Mamí, que ostentaba el dictado de Capitan de los mares. Embistieron á la galera española tres bageles turcos, entre ellos un galcon de veinte y dos bancos de remeros, mandado por Dali-Mamí, renegado griego, llamado el *Cojo*. Tras una pelea tan porfiada como desigual, en que sobresalió Cervantes con su acostumbrada valentía, tuvo la galera que arrear su insignia, y fué conducida triun-

falmente al puerto de Argel, donde se hizo el reparto de los cautivos; y Cervantes cupo al mismo Dali-Mamí, apresador de la nave cristiana.

Era este tan avariento como inhumano, y en vista de las cartas de Don Juan de Austria y del duque de Sesa para el rey á favor de Cervantes, le conceptuó desde luego por un hidalgo esclarecido y un personaje de gran suposicion en España; y para lograr un rescate cuantioso lo aherrojó inmediatamente en gran manera, le empozó en una mazmorra y lo martirizó con cuantas privaciones y tormentos pudo imaginar. Así lo solian practicar los piratas berberiscos con los cautivos de consideracion que caian en sus manos, pues los atropellaban, á lo menos por el pronto, ya para hacerlos renegar, ya para precizarles á encarecer su rescate y á estrechar á sus parientes y allegados para aporntarlo sin tardanza.

En aquella lid reñida contra sus padecimientos incesantes de dia y noche, descolló Cervantes con un heroísmo mas raro y mas esclarecido por cierto que el del mero denuedo, el heroísmo del aguante, "segundo valor de los hombres," como dice Solís, "tan hijo del corazon como el primero." Lejos de postrarse ó doblegarse, ideó Cervantes desde luego el intento, tantas veces aventurado por él, de recobrar su libertad, echando el resto de su arrojo y su travesura. Quiso tambien proporcionarla á todos sus compañeros, de quienes vino á ser luego el alma y el norte, por la sobresalencia de su ingenio y de su teson. Se conservan los nombres de varios, como el capitán Don Francisco de Meneses, los alféreces Rios y Castañeda, el sargento Navarrete, un Don Beltran del Salto y Castilla, y un hidalgo llamado Osorio. Su primer ánimo, segun refiere el P. Haedo en su historia de Argel, fué marchar por tierra, como ya otros lo habian practicado, hasta Oran, que á la sazón era de España. Lograron salir de Argel, por medio de un moro que agenció Cervantes, pero el malvado los desamparó á la segunda jornada, y tuvieron los desventurados que acudir á las casas de sus dueños para recibir castigos horrosos por el intento de su fuga; y á Cervantes cupo lo sumo del rigor como á caudillo de aquella demasia.

Tal cual compañero, como el alférez Gabriel de Castañeda, logró su rescate á mediados del año de 1576, y se encargó aquel de llevar á los parientes de Cervantes las cartas en que ambos hermanos retrataban al vivo su situacion deplorable. Rodrigo de Cervantes, su padre, vendió desde luego ó empeñó el escaso patrimonio de sus hijos, y aun su propia reserva, tambien de infima monta, y hasta los dotes de sus dos hermanas solteras, redu-

ciéndose así la familia entera al desamparo. ¡Conatos, ay Dios, malogrados! A la llegada de aquel importe de ventas y empréstitos, entabló Cervantes un convenio con su dueño Dali-Mamí; pero éste conceptuaba muy alto á su cautivo para desprenderse baratamente de su persona, y fueron de tal eshorbitancia sus demandas, que Cervantes quedó desahuciado de alcanzar su libertad, y así traspasó su cuota al hermano, quien á precio inferior fué rescatado por el mes de Agosto de 1577. A su propartida se comprometió á habilitar en Valencia, ó en las islas Baleares, una fragata armada, que, tocando en el sitio convenido de la costa de Africa, libertase á su hermano y á otros cautivos, quienes le encargaron al intento cartas urgentísimas para los vireyes y otros sugetos de suposicion en las costas maritimas.

Se hermanaba este intento con el plan ya formado muy de antemano por Cervantes. Caía, á una legua á levante de Argel, la quinta donde veraneaba el Kaid Hasan, renegado griego. Uno de sus esclavos, llamado Juan, natural de Navarra, habia ido escavando, en la huerta que cultivaba, un sótano ó subterráneo reservado, en donde, segun la disposicion de Cervantes, se guarecian varios cautivos cristianos que habian logrado retraerse, asestando, al partir Rodrigo para España, hasta catorce ó quince. Cervantes, sin desamparar la casa de su amo, era el caudillo y proveedor de la pequeña república subterránea. Se dudaría de aquel hecho, que comprueba los arbitrios de su inventiva, si no constase por un sinnúmero de testimonios y documentos. Sus principales auxiliares eran ante todo el hortelano Juan, que atalayaba á toda hora para que nadie se acercase, luego otro esclavo llamado el Dorador, renegado de muchacho, y luego arrepentido. Este era el abastecedor de la cueva, de la cual no salian sino de noche. Computando Cervantes ya cercana la fragata encargada á su hermano, huyó del baño de Dali-Mamí, y el 20 de Septiembre, despidiéndose de su amigo el doctor Antonio de Sosa, sobrado achacoso para poderle seguir, acudió á empozarse tambien allá en el subterráneo.

Acertado era su cómputo. Habian habilitado en Valencia ó en Mallorca una fragata, al mando de un tal Viana, recién rescatado, hombre fogoso, valiente y enterado de las costas de Berbería. Llegó la fragata el 28 del mismo, y despues de mantenerse á un largo todo el dia, en anocheciendo, se arrió al parage consabido, al alcance de la huerta para avisar y recoger en poco rato á los cautivos. Por desgracia unos pescadores, que andaban todavia en el avio de sus barquichuelos,

conocieron á oscuras la fragata cristiana. Gritaron á rebato, y se juntó tal gentío, que Viana tuvo que engolfarse de nuevo. Intentó á deshora acercarse otra vez, mas su empeño acarrió resultas desastradas. Estaban los moros alerta, sorprendieron la fragata al desembarcar, apresaron la tripulación y desbarataron la empresa.

Hasta entonces habian sobrellevado Cervantes y sus compañeros, colgados de la esperanza de su rescate, privaciones, padecimientos y aun achaques contraídos en aquella vivienda húmeda y lóbrega. Mas fracasó su esperanza. Tras el apresamiento de la fragata, el Dorador, aquel renegado reincorporado ya en el gremio de la Iglesia, que merecía toda la confianza de Cervantes, renegó de nuevo y reveló al dey de Argel el escondite de los cautivos que Viana iba á embarcar. Gozoso el dey con esta nueva que, según estilo del país, le proporcionaba el apropiarse aquella cuadrilla de esclavos como descarriados, envió al comandante de su guardia con treinta soldados turcos para prender á los cautivos y al hortelano encubridor. Guiados por el delator, entran de improviso los soldados en la cueva, con su cimitarra en la mano. Mientras van maniatando á los cristianos atónitos, alza la voz Cervantes y clama que ninguno de aquellos desventurados compañeros era culpado, que solo él los habia hecho huir para ocultarlos, y que siendo el único autor de la trama, debía sobrellevar la pena. Pasmados de confesión tan caballerosa que descargaba sobre la cerviz de Cervantes todo el enojo del cruel Hasan-Agá, envían los turcos uno de los suyos al gefe para participarle cuanto estaba pasando. Dispone el dey que se traigan todos los cautivos á su baño particular, y el caudillo inmediatamente á su presencia. Conducen á Cervantes aherrojado desde el subterráneo hasta el alcázar de Hasan, en medio de los baldones de la chusma alborotada.

Lo estrechó el dey en su interrogatorio, valiéndose ya de promesas lisongeras, ya de tremendas amenazas, para hacerle manifestar los cómplices. Obstinóse Cervantes en no culpar mas que á sí mismo, desentendiéndose de ofertas y de amagos. Cansado el dey de tan estremado teson y movido quizás de aquel rasgo tan magnánimo, se contentó con hacerlo encadenar en el baño.

El Kaid Hasan, en cuya huerta habia acaecido la novedad, acudió atropelladamente al dey, instándole para que ajusticiase á todos los fugitivos, y empezando por su hortelano Juan, lo ahorcó allá con sus propias manos. La misma suerte cupiera á Cervantes y á sus compañeros, á no enfrenar la codicia en el dey su crueldad genial. Además los dueños fueron

reclamando respectivamente sus cautivos, y Cervantes tuvo que volver á la potestad de Dali-Mami; pero ya que le causase zozobra, ó que lo conceptuase sugeto de encarecido rescate, el dey lo compró luego por quinientos escudos.

Este Hasan-Agá, veneciano, y cuyo verdadero apellido era Andreta, fué uno de los piratas mas feroces que hubieran ensangrentado los mares de Berbería. Horroriza y sobrepuja á toda verosimilitud cuanto refiere el Padre Haedo de las atrocidades que estuvo cometiendo en su gobierno; arredrando á sus propios súbditos, al par que á los esclavos, que se acercaban á dos mil. Dice á este propósito Cervantes en la historia del *Capitan Cautivo*: "Ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamas vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano."

Compró Hasan-Agá á Cervantes á fines de 1577. En medio de su estrecho cautiverio y del peligro inminente que le estaba amenazando á cada intento de fuga, no por eso dejó de emplear cuantos arbitrios le proporcionaban las circunstancias y su maestría. Por todo el año de 1578, halló medio para enviar un moro á Oran con cartas dirigidas al general Don Martin de Córdoba, gobernador de aquella plaza; mas el emisario fué cogido al llegar á su destino y traído con sus pliegos al dey de Argel. Hasan-Agá mandó empalar al desastrado mensajero, y condenó á Cervantes, por la firma de sus cartas, á dos mil azotes. Mediaron amigos, y tambien quedó esta vez indultado por aquel violento Hasan: clemencia tanto mas estraña cuanto aquel irracional por el mismo tiempo estaba haciendo matar á palos y en su presencia á tres cautivos españoles que intentaron huir por el mismo rumbo, y trajeron al baño los naturales del país.

Ni con tanto malogro y fracaso amainó un punto el teson de Cervantes, que cabilaba mas y mas sobre su rescate y el de sus queridos compañeros. Por el mes de Septiembre de 1579 entabló conocimiento con un renegado español, natural de Granada, donde se llamaba el licenciado Giron, y que habia tomado con el turbante el nombre de Abd-al-Rhamen. Mostrábase arrepentido y con ánimo de volver á su patria y al regazo de la Iglesia; y por tanto Cervantes ideó con él una nueva tentativa de escape. Se avistaron con dos mercaderes valencianos, avecinados en Argel, y llamados el uno Onofre

Ejarque, y el otro Baltasar de Torres. Tercieron estos en la trama, y el primero aprontó hasta mil y quinientos doblones para la compra de una fragata armada de doce bancos de remos, que compró el renegado Abd-al-Rhamen, socolor de salir á corso. Estaba la tripulacion corriente, y varios cautivos de suposicion, apalabrados por Cervantes, estaban esperando tan solo el aviso de la partida. Un malvado los vendió á todos: el doctor Juan Blanco de Paz, fraile dominico, acudió, cual otro Judas, tras el cebo del galardón, á delatar al dey el intento de sus paisanos.

Trató al pronto Hasan-Agá de disimular, con ánimo de coger á los cautivos y apropiárselos como sentenciados á muerte. Sonó sin embargo la delacion, y los mercaderes valencianos averiguaron que el dey estaba enterado de aquella trama en que obraban ellos como cómplices é instrumentos. Azorado Onofre Ejarque con la zozobra por sus haberes y su vida, se retrajo de Cervantes, cuyo testimonio le atemorizaba, en caso de prorrumper en declaraciones con el tormento; y así se ofreció á rescatarlo á cualquiera precio y embarcarlo inmediatamente para España. Pero Cervantes, ageno de trasponerse peligrando por él sus compañeros, se desentendió de la oferta y serenó al mercader, jurándole que ni tormentos ni muertes le harian delatar á nadie.

Ya luego y á su propartida en la fragata del renegado, habia Cervantes huido del baño, ocultándose en casa de uno de sus antiguos compañeros de armas, el alférez Diego Castellano. Pregonaron luego por las calles un bando del dey en demanda de su esclavo Cervantes y amenazando de muerte al encubridor que lo albergase. Cervantes, siempre generoso, descargó á su amigo de tamaña responsabilidad, pues fué voluntariamente á presentarse al dey bajo el resguardo de un renegado de Murcia, llamado Morato Ruez Maltrapillo, que gozaba de gran privanza con Hasan-Agá. Requirió este de Cervantes la manifestacion de todos sus cómplices, y para mas arredrarle lo hizo maniar por la espalda y enroscarle un dogal al cuello, en ademan de empinarlo á la horca. Conservó su teson Cervantes, acusándose únicamente á sí mismo, y declarando tan solo por cómplices á cuatro hidalgos españoles ya rescatados; y en fin, fueron sus respuestas todas tan gallardas y agudas, que Hasan-Agá se condolió de nuevo. Contentóse con desterrar al licenciado Giron del reino de Fez y enviar á Cervantes á una mazmorra de la cárcel de los moros, donde yació el desventurado cinco meses con grillos y esposas. Este fué el galardón de aquel empeño bizarro, que le mereció,

según la espresion de un testigo ocular, el alférez Luis de Pedroza, *nombradía, honor y corona entre los cristianos.*

Esta variedad de lances, que, como decia Cervantes de sí mismo, habian de quedar por largos años en la memoria del país, y de los cuales dice igualmente el P. Haedo, que pudieran formar una historia particular, habian con efecto acarreado tanto concepto á su autor, entre cristianos y moros, que Hasan-Agá entró en zozobra de alguna empresa mas trascendental y comprensiva. Antes ya dos españoles valerosos habian intentado una sublevacion en Argel, y Cervantes, al arribo de veinte y cinco mil cautivos agolpados en la capital de la regencia, era muy capaz de idear tamaño intento. Uno de sus nuevos historiadores, Fernandez Navarrete, se la atribuye, y afirma que se malogró por la maldad é ingratitud que tantas veces lo vendieron. Como quiera, vivia Hasan-Agá tan aprensivo con su denuedo, su maña y el predominio que se habia grangeado con sus compañeros de cautividad, que solia decir: "en teniendo yo bien añanzado á mi manco español, conceptúo ya en salvo mi capital, mis esclavos y mis gale-ras." Y sin embargo, aquel malvado (tanto es el poderío de la verdadera grandeza) se mostraba siempre con Cervantes mirado y comedido. Este mismo lo está revelando al hablar de sí mismo en la relacion del *Capitan Cautivo*: "Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez...."

Aherrojado Cervantes en la mazmorra, no venia á ser mas digno de lástima que los esclavos llamados libres, cuya desventura se hacia insufrible. Estando Hasan-Agá granos y abastos, acarrió tal carestía, que las calles de la ciudad estaban cuajadas de cadáveres que guadañaban el hambre y las dolencias. Los cristianos, alimentados mas bien por codicia que por lástima, no recibian de sus amos los turcos mas que lo absolutamente preciso, y los estaban sin embargo acosando á toda hora con las faenas mas angustiosas, pues la expedicion que Felipe II estaba preparando contra Portugal, amagando tambien á Argel, tenia aterrada á la Regencia, y se empleaban día y noche los cautivos en aumentar las fortificaciones y carenar la escuadra.

Mientras estaba Cervantes echando infructuosamente el resto por conseguir su

libertad, su parentela le estaba ajencian-do á toda costa su rescate por el rumbo corriente. Apurados ya todos sus recursos en 1577 para aprontar el contingente por el primogénito, sacaron en Madrid una certificación de los alcaldes de corte, con fecha de 17 de Marzo de 1578, con presencia de varios testigos que acreditaban los servicios eminentes de Cervantes en las campañas de oriente, y el sumo desamparo de la familia para rescatarlo. A este documento, que se comunicó al rey, acompañó el duque de Sesa, ex-vi-rey de Sicilia, una especie de abono en que recomendaba eficazmente su soldado antiguo á la dignacion del monarca.

El fallecimiento del padre de Cervantes atajó estos pasos y angustió á la desconsolada familia con amargos quebrantos. El año siguiente dispuso Felipe II enviar á Argel comisarios redentores. Lo era por la corona de Castilla el P. Fr. Juan Gil, procurador general de la orden de la Trinidad, agregándole otro fraile de la misma orden, llamado Fray Antonio de la Bella. Presentáronse á estos religiosos, el 31 de Julio de 1579, Doña Leonor de Cortinas y su hija Doña Andrea de Cervantes, llevándoles trescientos ducados para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, su hijo y hermano; los doscientos y cincuenta por la desventurada vinda, y cincuenta por la pobre hija.

Pusiéronse en camino los redentores y aportaron en Argel el 29 de Mayo de 1580. Entablaron desde luego sus diligencias; pero se atravesaron tropiezos de mayor cuantía, que fueron dilatando el rescate de Cervantes. Su amo el dey pedía mil escudos á fin de duplicar el desembolso de su costo, amagando con que si sobre la marcha no se le completaba aquella suma, su esclavo iría á parar á Constantinopla; pues con efecto tenía ya sucesor con firman del Gran Señor, y Hasan-Agi, en visperas de llevarse todos sus haberes, tenía ya á Cervantes aherrado en una de sus galeras. Compadecido el P. Juan Gil, y temeroso de que cautivo tan benemérito malograrse para siempre la coyuntura de su redencion, echó el resto de sus instancias y plegarias, y logró su rescate por quinientos escudos de España en oro. Para redondear la cantidad hubo que acudir al préstamo de varios mercaderes europeos, y tomar una porcion cuantiosa del caudal de la redencion. En fin, despues de dar todavía nueve doblas á los oficiales de la galera donde habia de remar, quedó Cervantes en tierra el 19 de Septiembre de 1580, en el mismo instante de estar Hasan-Agi dando la vela para Constantinopla. Así se conservó Cervantes para su patria y para el orbe entero.

Utilizó ante todo su libertad para des-

agraviarse auténtica y esclarecidamente de las calumnias recién fraguadas contra su pundonor. Su delator villano, el fraile Juan Blanco de Paz, que se fingia comisario del santo oficio, al resguardo del encierro estrecho de Cervantes, le achacó el destierro del renegado Giron y el malogro de la última tentativa. Puesto Cervantes en franquía, requirió al P. Juan Gil para que se formalizase una informacion; y con efecto el notario apostólico Pedro de Ribera fué recibiendo las declaraciones de once hidalgos españoles, los mas visibles de todos los cautivos, en contestacion á veinte y cinco preguntas que se les presentaron estendidas. Esta informacion, en que por ápices se va desmenuzando todo el pormenor del cautiverio de Cervantes, retrata muy al vivo su ingenio, su índole, sus costumbres puras, y aquel afan por el alivio de los desventurados que lo bienquisió con la generalidad, y citaremos en particular el testimonio de Don Diego de Benavides. Habíendose informado, dice, á su llegada á Argel de quiénes eran los principales cautivos cristianos, le encargaron la reseña con Cervantes por *pundonoroso, acaballado, irrepreensible, de excelente índole y apreciado de los demas hidalgos*. Apeteció Benavides su intimidad, y se correspondieron entrañablemente, haciéndole veces Cervantes de *padre y madre*. El carmelita Fray Feliciano Enriquez declara igualmente que reconocida la falsedad de un cargo calumnioso inventado contra Cervantes, se habia amistado con él, al par de los demas cautivos que *estaban enviando su conducta noble, cristiana, honrada y virtuosa*; y en fin, el alférez Luis de Pedrosa declara que de todos los hidalgos residentes en Argel, *ninguno ha visto mas esmerado en favorecer á los demas cautivos, ni mas pundonoroso que Cervantes; que es agraciado para todo, yéndole pocos á los alcanecs en ingenio, advertencia y coraúra*.

¿Será de estrañar, repasando los peregrinos acontecimientos de aquel cautiverio, que Cervantes los tuviera tan clavados en la memoria, tomando sus propias aventuras por tema de sus dramas y novelas, y que en casi todas sus obras haya estado aludiendo á puntos que no se entendian hasta que se ha logrado historiar despejadamente su vida? Tampoco se le trascordó el medio por donde consiguió su rescate, y su agradecimiento le fué apuntando en la novela de la *Española Inglesa* las alabanzas debidas á los padres de la Redencion. Pertrechado con la informacion actuada, por el notario Pedro de Ribera, y las certificaciones particulares del P. Juan Gil, dió la vela á fines de Octubre de 1580, y vino en fin á disfrutar, segun su espresion, uno de los mayores júbilos que cabe lograr en el mundo, que

es el de volver, tras dilatada esclavitud, á su patria sano y salvo, por cuanto no hay sobre la tierra dicha comparable con la de recobrar la libertad perdida.

El desamparo lo arrojó luego del regazo de su familia. Hallábase á su regreso Felipe II aun convaleciente en Badajoz, despues del fallecimiento de su segunda muger Ana de Austria; y entró el 5 de Diciembre en Portugal, recién conquistado y pacificado por el duque de Alba. El ejército español estaba todavia ocupando el pais, ya para afianzar su rendimiento, ya para disponer el de las Azores, donde se estaban todavia defendiendo los parciales del prior de Ocrato. Rodrigo de Cervantes se habia de nuevo alistado á su llegada, probablemente en su antiguo cuerpo, el tercio del maestre de campo general Don Lope de Figueroa. Acudió allá su hermano, y aquel individuo, temido por el dey de Argel, aunque aherrado en su baño, empuñó, en medio de su manquedad, como soldado raso, el mosque. Embarcóse Cervantes, por el estio de 1581, en la escuadra de Don Pedro Valdes, encargada de someter las Azores, y resguardar el comercio de las Indias. Al año siguiente hizo la campaña á las órdenes del marques de Santa Cruz, y se halló en el combate naval que ganó aquel almirante á la vista de la Tercera contra la escuadra francesa que favorecia la sublevacion de Portugal. El galleon San Mateo, donde iban los veteranos de Figueroa, entre los cuales se hallaria Cervantes, descolló en aquella victoria. En fin, ambos hermanos hicieron tambien la campaña de 1583, y se hallaron en el ataque de la Tercera, tomada por asalto. Sobresalió en aquel trance Rodrigo de Cervantes, arrojándose con los primeros á la playa, y mereció el grado de alférez al regreso de la escuadra.

En medio de aquella situacion infima, que solo su esclarecido mérito podia realzar, hallándose escaso de haberes, se mostró Cervantes bien hallado en Portugal, donde, durante la invernada, terciaba en las tertulias principales, tuvo entonces en una dama de Lisboa una hija natural, llamada Doña Isabel de Saavedra, que siempre llevó consigo, aun despues de casado, sin que tuviese mas sucesion.

El amor fué el móvil que atrajo á Cervantes al cultivo de las letras. En un intermedio de sus campañas trabó conocimiento con una señorita hidalga del pueblo de Esquivias en Castilla, llamada Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano. Se enamoró, y tuvo arbitrio, en medio de la vida atropellada de soldado, para componerle el poema de la *Galatea*. La apellidó égloga, siendo una *novela* pastoril por el rumbo de aquel tiempo; y bajo nombres supuestos, fué refrien-

TOMO I.

do sus propias aventuras y alabando los ingenios contemporáneos, y ante todo agasajando á su dama con aquel garboso galanteo. No cabe duda en que, al remedo de Rodrigo de Cota, autor de la *Celestina*, y al de Jorge de Montemayor, autor de la *Diana*, segun testimonio de Lope de Vega, Cervantes, encubierto bajo el nombre de Elicio, *zagal de las orillas del Tajo*, retrató su amorio con *Galatea, zagala riberana tambien del mismo rio*. Es igualmente indudable que los demas zagales introducidos en la fábula, Tirsis, Damon, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, son Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, Don Diego Hurtado de Mendoza, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, Don Alonso de Ercilla, Andrés, rey de Artieda, amigos todos, y escritores mas ó menos afamados de aquel tiempo. La *Galatea*, de que no tenemos mas que la primera parte, se hace reparable por su lenguaje castizo, sus descripciones piacenteras, y el primor de sus rasgos amorosos. Mas los zagales de Cervantes son sobradamente eruditos y filósofos, y la fecundidad de su ingenio va haciendo episodios con desconcierto y desaliño. Reconviénese á sí mismo Cervantes con estos achaques en el prólogo de su pastoral, con ánimo tal vez de evitarlos en la segunda parte, que prometió repetidamente, y nunca llegó á realizar.

La *Galatea*, dedicada al abad de Santa Sofia, Ascanio Colona, hijo de Marco Antonio Colona su antiguo almirante, salió á luz á fines de 1584; y el 14 de Diciembre del mismo año, Cervantes, de edad á la sazón de treinta y siete años, se desposó con la heroína de su poema. Habia fallecido el padre de Doña Catalina Palacios Salazar, y la viuda ofreció en los desposorios de su hija aprontarle un dote decoroso en bienes muebles y sitios. Cumpliolo así dos años despues, y en la carta dotal, otorgada el 9 de Agosto de 1586, ante el notario Alonso de Aguilera, Cervantes dotó igualmente á su muger en cien ducados, que dice era el décimo de sus haberes.

Despues de tanto servicio, á cual mas esclarecido, sale del ejército soldado raso como habia entrado, se avecinde en Esquivias, cuyo tedio desespera á sus impetus, y teniendo ademas que aumentar con su trabajo sus escasas rentas, vuelve Cervantes á sus primeras cabilaciones y á las tareas de su mocedad. Como manchego, va y viene á Madrid, y viene casi á residir de asiento en aquella capital. Traba ó renueva amistad con Juan Rufo, Lopez Maldonado, y sobre todo con Vicente Espinel, autor de la novela de *Marcos de Obregon*, que Le Sage vació en gran parte en su Gil Blas; y aun se hace probable que fué de una especie de aca-

B